# LA BONDAD DE DIOS

**E. Martín Sánchez**

¿Ama Dios a los hombres?

¿Cómo deben éstos corresponderle?

El amor es fuerte como la muerte

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-398-9209-B
Depósito legal: M. 22.399-2000
Printed in Spain
Impreso en España por:
Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles
GETAFE (Madrid)

## EL PORQUE DE ESTE LIBRO

Amigo lector:

Me veo precisado a decirte que el motivo de haber escrito este libro han sido las siguientes palabras que tomo de la carta que me dirigió mi amigo el director del «Apostolado Mariano», de Sevilla, don Andrés Codesal:

«¿No le gustaría hacer un libro sobre EL AMOR DE DIOS: tratando en la primera parte del amor que Dios nos tiene, y en la segunda del amor con el que quiere que nosotros le amemos? Creo sería interesante y provechoso. Ojalá se anime a hacerlo».

Una vez leída su carta me puse a reflexionar sobre este hermoso tema, y vino a mi mente aquel pensamiento de San Agustín: «Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama», y empezando a reflexionar sobre la infinita bondad de Dios (causa de nuestra existencia), enseguida concebí cómo debía plasmar en un libro el grande amor que Dios nos tiene por habernos creado y redimido gratuitamente..., y el amor con que nosotros debemos corresponderle...

Aquí, pues, tienes ya el libro que me pidió hiciera el amigo señor Codesal, y a él, después de Dios, le debes especialmente el tenerlo en tus manos.

Ahora espero que lo leas con provecho, y para ser apóstol de las buenas lecturas, te aconsejo que una vez leído no lo arrincones, entrégaselo a otro diciéndole: «Lee este libro, a ver que te parece, y una vez leído me lo devuelves», y así puedes continuar haciendo apostolado con otros. Mi deseo es que a ti te haga mucho bien.

**Benjamín Martín Sánchez**

Zamora, 15 de agosto de 1986.

# IDEAS PRELIMINARES

## Nuestra existencia

Empezaremos por reconocer este principio básico:

Es un hecho real que existe el mundo y que existimos nosotros, y si existe el mundo en el cual vivimos, bien podemos decir que con mayor razón existe el creador del mundo. Y ¿quién es este creador sino Aquel al que todos los pueblos de la tierra llaman el Dios omnipotente y eterno y el único ser increado?

El mundo procede de Dios. La Biblia empieza diciéndonos: «Al principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gen. 1,1), y la misma Biblia repite muchas veces: «Dios es el creador del cielo y de la tierra, del mar y de cuanto ellos contienen» (Sal. 146,6). «Dios creó el mundo por un acto de su voluntad» (Sal. 148,5), y El mismo, por el profeta Isaías, dice: «Yo soy Yahvé, el que lo ha hecho todo» (44,24).

Dios existe antes que todas las cosas existieran, y El es la causa de que existan. «El señor es el Dios verdadero, El es el Dios vivo» (Jer. 10,10). «Aquel que me

ha dado oídos, ¿no va a oír? El que ha formado mis ojos, ¿no va a ver?...» (Sal. 94,9).

«No hay semejante a Dios... El con su poder hizo la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe y con su inteligencia tendió los cielos» (Jer. 10,6 y 12). El es el origen de la vida..., pues «no hay vida que no proceda de Dios».

San Agustín quería una respuesta que le explicase el origen de todas las cosas, y él mismo hablándonos del ascenso por medio de todas las criaturas, para encontrar al Creador nos dice: «Pregunté a la tierra, y ella dijo: "No lo soy (no soy Dios"..., pregunté al mar... a los vientos... al cielo... hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: "¡Habladme de mi Dios, ya que vosotros no lo sois, habladme de El!". Y con voz fuerte exclamaron todas: "El nos ha hecho"

«Las obras admirables de la creación visible son huellas de nuestro Creador» (S. Greg. M.). «El universo, decía San Vicente Ferrer, es el gran libro donde todos pueden leer la omnipotencia divina en la formación del mundo; la sabiduría divina en el orden que en él reina, y la bondad divina en la conservación del mismo».

## La felicidad de Dios

Por la revelación divina sabemos que Dios es la suma verdad, la suma bondad, la suma belleza, la suma santidad, etc. En Dios se hallan todas las perfecciones posibles en su grado máximo, y cuanto hay de

perfección en las criaturas es un pequeño reflejo de las que se hallan en Dios, y en El se encierra toda la felicidad imaginable.

Dios es lo inefable, lo más excelso y excelente de cuanto podemos pensar. El Dios grande y eterno en quien creemos *no es un ser solitario,* sino una familia de Personas augustas, que tienen la misma esencia divina. Jesucristo nos ha revelado que en Dios hay un Padre y un Hijo y además una tercera Persona que procede del Padre y del Hijo, es decir, en Dios hay toda una familia de Personas eternas y divinas.

La esencia de Dios es plenitud de vida y amor, plenitud compartida en esta Trinidad de Personas en la que cada una no es una parte o fracción de Dios, sino Dios entero. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo todo lo tienen en común menos las *propiedades personales* (lo *propio* de cada persona). No cabe imaginar comunicación más íntima que la que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre todo lo tiene en común con el Hijo y el Espíritu Santo, menos el ser Padre. Y lo mismo sucede con el Hijo y el Espíritu Santo.

En el seno de esta Santísima Trinidad hay, pues, un diálogo, una corriente de vida y de amor intensísima, un mismo conocer, un mismo querer, un mismo obrar.

(Para nosotros es un gran consuelo saber que estamos destinados a compartir un día con Dios su propia dicha y felicidad, y ¡para siempre! con la condición de amarle y serle fieles)

El Dios Trino es infinitamente dichoso y bienaventurado en esta su vida y en este su amor, y por lo mismo cabe preguntar: La creación ¿ha supuesto en El aumento de felicidad o perfección? Si a Dios no le faltaba nada para ser feliz ¿por qué motivo nos creó?

## Motivo de nuestra existencia

¿Qué es lo que movió a Dios a crear este mundo? Como iremos viendo Dios creo todas las cosas existentes, no porque necesitase de ellas o para aumentar sus perfecciones, ya que El es «el Bienaventurado y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores» (1 Tim. 6,15), es decir, Dios es eternamente feliz y por lo mismo no necesita nada. Ninguna criatura es capaz de aumentar o disminuir la felicidad de Dios.

Si Dios es eternamente feliz y dichoso en sí mismo, al no necesitar de nada, lo que tenemos que decir es que lo que movió a Dios a crear el mundo fue sólo su amor, o sea, su infinita bondad, porque «Dios es amor» (1 Jn. 4,8) y nos creó con el designio de que fuéramos felices (Véase «*El Dios Desconocido*»).

Los Padres de la Iglesia nos lo dicen así:

— Nosotros existimos por Dios es bueno y nos ama» (San Agustín).

— «Dios ha creado las cosas de este mundo, no porque tuviese necesidad de ellas, sino para verter sobre las mismas sus beneficios» (San Ireneo).

— «Dios no obra en provecho suyo, sino únicamente por su bondad» (Santo Tomás).

— «Por puro amor nos ha creado, y todo lo demás por amor a nosotros» (S. J. Crisóstomo).

Los Concilios al hablar de la creación también se expresan así:

— (Dios es) el único principio de todas las cosas: Creador de todas las cosas visibles e invisibles, espirituales y corporales; desde el principio de los tiempos creó de la nada con virtud omnipotente las dos clases de criaturas, las espirituales y las corporales, los espíritus angélicos y el mundo visible; y después al hombre que está constituido de espíritu y cuerpo» (Letrán IV).

— «Este Dios único y verdadero por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su propia dicha, ni para conseguirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que otorga a las criaturas, creó desde el principio de los tiempos por decisión libérrima, las dos clases de criaturas, la espiritual y la corporal, es a saber, el reino de los espírituos angélicos y el mundo visible, y después al hombre, compuesto de espíritu y cuerpo» (Vaticano I).

— «Hizo las criaturas, y por cierto son buenas como hechas por el sumo bien, pero mudables, ya que fueron sacadas de la nada. No hay ninguna naturaleza que de suyo sea mala, porque toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena» (Conc. Florencia).

*El Catecismo romano* resume así la doctrina de los Concilios:

«No fabricó Dios el mundo de materia alguna, sino que le crió de la nada; ni hizo esto forzado de alguna

violencia o necesidad, sino de su libre y mera voluntad. No hubo otra causa que le indujese a esta obra de la creación, que el comunicar su bondad a las cosas que hiciese».

«Al modo que movido de su bondad hizo cuanto quiso, así también al criar todas las cosas, no se guió por algún ejemplar o modelo que estuviese puesto fuera de si mismo; sino que por contenerse en su inteligencia divina el ejemplar de todas ellas, viéndole en sí mismo el sumo Artífice, y como imitándole, creó en el principio toda esta máquina del Universo con aquella suma sabiduría e infinita virtud, que le es propia» (1, 2, 15).

## Dios, legislador supremo

Dios, el creador del mundo, es el supremo legislador. En una casa el padre o cabeza de familia es el que debe mandar, el que debe dictar leyes a su familia. Ahora bien, Dios es el Padre y Rey de la familia humana, y por lo mismo a El le compete el derecho de legislar y así señalar mediante sus leyes o mandatos lo que deben hacer o practicar todos los hombres para ir por el camino del bien que conduce a la felicidad.

Todos buscamos la felicidad y si no somos felices es porque la ponemos en las cosas donde no se halla. Dios, Dueño y Señor nuestro, nos dice que la felicidad tanto temporal como eterna, está en el cumplimiento de sus mandamientos, los cuales forman «el Código de la felicidad».

Un día dijo Dios al pueblo de Israel por medio de Moisés: «¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos para ser siempre felices ellos y sus hijos! (t. 5,29).

«Ved, yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís» (Dt. 11,26-28).

El que va, pues, por el camino de los mandamientos de Dios hallará la felicidad temporal y eterna.

1) **La temporal.** Porque yendo por ellos, el resultado será este: «Sembraréis poco y cogeréis mucho. Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo... y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite abundante..., si amas a Yahvé, tu Dios, sirviéndole de todo corazón y con toda vuestra alma; de lo contrario, sembraréis mucho y recogerás poco, y todo os irá mal (Dt. 11,13-18; 28).

2) **La felicidad eterna.** Es el fin o término del cumplimiento de la ley de Dios, pues sólo por el camino de los mandamientos se llega a la salvación eterna. Así lo dijo Jesucristo: *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos* (Mt. 19,17).

Los mandamientos (o leyes dadas por Dios), son antiguos como el hombre, pero no son anticuados, sino que son de suma actualidad, porque son la palabra de Dios eterna, siempre actual y siempre moderna.

Los mandamientos que tenemos de la ley de Dios son los mismos que Dios reveló a Moisés en el monte

Sinaí, y éstos han sido perfeccionados por Jesucristo y llevados a la plenitud del amor: amor a Dios y al prójimo.

A todos interesa conocer bien estas leyes divinas, pues si se conociesen y se practicasen, el mundo sería un paraíso, aunque la felicidad completa sólo es posible en la otra vida.

## Los dos caminos

Dios dice:

«He aquí que pongo ante vosotros dos caminos: la vida con el bien, la muerte con el mal; pues lo que hoy te mando es que ames a Yahvé, tu Dios, andando sus caminos y guardando sus mandamientos...

Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas (Dt. 30,15.19).

Existen, pues, dos caminos, uno de la vida y otro de la muerte: el de la vida es el que existe según la voluntad de Dios, y el de la muerte es el que está preparado según las acechanzas del adversario (S. Clemente Romano).

Grande es la diferencia que hay entre estos caminos (Didaché). El primero, pues, es el camino de la vida, y éste es el preceptuado por la Ley: Amar al Señor Dios con toda la inteligencia, con toda el alma, único y solo, fuera del cual no hay otro, y al prójimo como a sí mismo. Y «cuanto quisiéreis que os hagan a vosotros

los hombres, hacédselo vosotros a ellos, porque esta es la Ley y los Profetas» (Mt. 7,12).

Conviene tengamos presente que los dos puntos centrales que voy desarrollar en este pequeño libro son dos: el amor de Dios y el amor a Dios, o sea, el amor que Dios nos tiene y el amor que a El le debemos y con el cual debemos corresponderle.

## PRIMERA PARTE

### La bondad o amor de Dios

Dios es la misma bondad por naturaleza. Lo propio de Dios es la bondad, el hacer bien. Todo cuanto Dios hizo era bueno. El mismo alabó sus obras, pues al crearlas «vio que todas eran buenas» (Gé. 1,31). El mundo era bueno, porque no se desviaba en lo más mínimo de la divina voluntad, sino concordaba perfectamente con ella (S. Ambrosio).

Dios alabó su obra, porque nosotros y todas las criaturas no bastábamos para alabarlas (S. J. Crisóstomo). Más ¿qué hemos de hacer nosotros sino alabar también a Dios en sus obras e imitar a los tres jóvenes del horno de Babilonia entonando el *Benedicite:* Bendecid todas las obras del Señor al Señor? (Dn. 3).

Todo lo que se hizo malo, fue tal por el abuso que la criatura hizo de su libertad. Pero ninguna cosa de las que existen es mala en cuanto a su esencia. «Todo lo que tiene ser, es bueno, por lo menos cuanto a su ser» (San Agustín).

No es Dios quien nos impone los males y los suplicios que sufrimos; nosotros somos quienes los atraemos...

San Pablo llama a Dios *Padre de las misericordias* (2 Cor. 1,3), y, como dice San Bernardo, «es con justicia; porque Dios no es el Padre de las condenaciones y de los castigos. Es el Padre de las misericordias, porque por naturaleza es causa y origen del bien. Los juicios severos y los castigos vienen de nosotros; nuestros pecados nos los atraen».

Dios ama a todas las criaturas, y todo el bien que tiene cada una de ellas se lo ha dado El.

Santo Tomás dice: Ninguna cosa movió a Dios a crear el mundo, sino su bondad, que quiso comunicarse a las criaturas. Por eso todas las cosas terrenas son para nuestro bien: unas para sustento del hombre, como la tierra, las plantas, los animales; otras por su doctrina, como los astros; otras para su contentamiento, como los colores, olores y cantos; y otras para su probación, como la pobreza, enfermedad, desdichas, animales dañinos, etc. (San Bernardo).

La obra ha de alabar al artífice con su perfección, como un hermoso cuadro sirve para gloria del pintor. En toda obra se pueden distinguir dos fines: el de la obra, y el que el autor se propuso al hacerla. El reloj tiene por fin señalar las horas, pero el relojero se pudo proponer, al hacerlo, ganar su sustento.

En el mundo *el fin de Dios* es su glorificación, esto es, manifestar a las criaturas racionales la «gloria de Dios», y *el fin de la obra* es la felicidad de las criaturas.

El número enorme y la gran variedad de los seres vivientes e inánimes de la tierra, y el número incontable de las estrellas (Sal. 18,1), sirven para que los ángeles y los hombres reconozcan y admiren la Majestad de Dios.

San Agustín decía: «Cuanto veo me está clamando: ¡Dios mío, cuán grande y bueno sois!» Los ángeles y los hombres no han sido creados para otro fin, sino que conozcan y alaben la Majestad de Dios.

De los ángeles santos sabemos que contemplan y alaban incesantemente a Dios (Is. 6,3), y de los hombres, dice también San Agustín: «Nos hiciste Señor, para Ti, y nuestro corazón no está tranquilo mientras no descanse en Ti».

Por lo que hace a los demonios, también ellos sirven a la gloria de Dios, manifestando en el infierno cuán grande es su justicia y santidad; y, por otra parte, sirviendo de instrumento de Dios, para ejercitar a los santos con sus tentaciones. Los mismos condenados no defraudan a Dios la gloria que le deben, pues mientras los escogidos glorifican su misericordia, ellos glorifican eternamente su justicia (Catec. Spirago).

## La bondad de Dios se manifiesta en su Providencia

Es doctrina clara en las Santas Escrituras que Dios no solamente creó el mundo, sino que también lo conserva y lo gobierna, y no sólo gobierna el universo, el curso de las estrellas, la naturaleza inanimada, sino también la vida del hombre...

No hay solo hombre en la tierra de quien Dios no tenga providencia. Antes se olvidará la madre de su hijo, que Dios de nosotros (Is. 49,5). Aun de las bestias y de las criaturas inanimadas tiene Dios cuenta. Cristo dice que Dios cuida, aun de los pájaros del aire, de los lirios del campo y del heno... «Mirad las aves del cielo..., vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más, sin comparación, que ellas?» (Mt. 6,26).

«¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados» (Mt. 6,29-30).

«Al pequeño y al grande Dios los hizo, y de todos cuida igualmente» (Sab. 6,8)... ¿Quién es como el Señor, nuestro Dios, que vive en lo alto y mira a lo humilde? Levanta del polvo al pobre y lo coloca con los príncipes, con los príncipes de su pueblo (Sal. 112,5-8).

Dios cuida de todo lo que se hace en la tierra y nada acontece en el mundo por *casualidad*. Ninguna cosa nos contraría, en toda nuestra vida, sin la voluntad o permisión de Dios. Por eso dijo José a sus hermanos: No por vuestra traición vine yo aquí, sino por la voluntad de Dios (Gén. 45,8).

Dios, que nos ama infinitamente, tiene en todo el designio de hacernos felices. Por eso convierte en nuestro provecho las desgracias, tentaciones y aun los pecados de los hombres (Gén. 50,30) (Véase mi «Catecismo sobre el dolor»).

El cristiano en la desgracia debe *abandonarse* a la voluntad de Dios. Para esto nos enseñó Cristo a orar: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». San Pedro nos amonesta: «Echad todas vuestras solicitudes en el Señor, porque El tiene cuidado de vosotros» (1 Ped. 5,7).

En consecuencia: Dios ama especialmente a los hombres, a los cuales hace innumerables beneficios naturales y sobrenaturales, y mayor amor muestra a *los justos:* «¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! (Sal. 72,1). «Si el justo cae siete veces, siete veces se levantará», por la providencia especial que de él tiene Dios.

Pero también ama *a los pecadores,* porque los espera a penitencia, les convida a ella, les da mil medios para hacerla, les da mil remordimientos y desgracias en el pecado, les amenaza con el infierno, para que no pequen, y, en fin, les perdona los pecados en cuanto se convierten y piden perdón. «Yo juro, dice el Señor, Dios, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Convertíos, volveos a Mí de vuestros malos caminos» (Ez. 33,11).

Tú, Señor, «tienes piedad de nosotros, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres por traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, pues si tú hubieras odiado alguna cosa, no la habrías formado. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti? Pero a todos perdonas por-

que son tuyos, Señor, amador de las almas» (Sab. 11,24-27).

### Bondad de Dios sobre todo en la redención

El misterio más importante después del de la Santísima Trinidad es el de la Encarnación del Hijo de Dios (el cual hecho hombre se llama Jesucristo). Este misterio es raíz y tronco de todos los misterios de nuestra redención y santificación y centro de toda la doctrina cristiana.

Todas las obras de Dios son comunes a las Tres Personas divinas, y por tanto las tres Personas obraron la Encarnación, las tres formaron el cuerpo humano de Jesucristo y su alma, y los unieron entre sí, y unieron la naturaleza humana con la segunda; las tres obraron la Encarnación de uno solo, del Verbo. Así, en una familia, el padre y la madre y el hijo a su vez pueden poner un vestido al hijo solo.

El evangelista San Juan dice: «Al principio era (existía) el Verbo y el Verbo (palabra del Padre) era Dios... y el Verbo se hizo carne», es decir, se encarnó y así se hizo hombre por amor a nosotros, los hombres.

La Encarnación es un misterio de amor: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna y sea salvo por El» (Jn. 3,16-17).

¡Cuán bueno es Dios! No nos otorgó un don cualquiera; no nos envió a uno de sus ángeles o profetas

para rescatarnos, sino a su propio Hijo Unigénito. A El le debemos el saber que Dios es nuestro Padre, pues nos enseñó a rezar así: «*Padre nuestro* que estás en los cielos...», y a El le debemos también el haber aplacado con su propia muerte al Padre ofendido por nosotros y así habernos redimido.

Dos grandes motivos han obligado a Dios a enviarnos a su Hijo único y querido para rescatarnos: su misericordia y nuestra miseria. La bienaventurada Virgen María dice: Acogió a Isarel su siervo, acordándose de su misericordia» (Lc. 1,45). Ha tenido piedad de nuestras desgracias; ha querido sacarnos de ellas y devolvernos a Dios y al cielo.

«La causa de nuestra reparación, como dice San León Magno, es sólo la bondad de Dios».

## Un abismo insondable de amor

La bondad de Dios al decretar, desde la eternidad, la salvación del hombre después de su caída, nos pone de manifiesto que este su decreto de salvación es ciertamente un abismo insondable de amor.

«Los ángeles cayeron antes que el hombre, y quedaron sin redención, condenados para siempre al infierno, pues como dice el Apóstol: «A los ángeles que pecaron no los perdonó, sino que los arrojó en los infiernos» (2 Ped. 2,4).

El hombre peca y es rescatado. ¿Por qué esta diferencia? El hombre era indigno de esa gracia, por muchos títulos. Es de una naturaleza inferior a la de

los ángeles. Estos son los primogénitos de la creación; su naturaleza es noble, excelente, incomparablemente superior a la nuestra; y nosotros no somos sino gusanos, un poco de barro transformado en hombre.

Los ángeles eran culpables tan sólo de un pensamiento de orgullo, y nosotros, enriquecidos con los más bellos de Dios, a pesar de nuestra bajeza, nos hemos rebelado contra nuestro Bienhechos cuando la obediencia era tan fácil y se ordenaba al precepto con terribles amenazas. ¿Por qué, pues, esta preferencia del hombre sobre el ángel? ¡Misterio de amor! «*Así amó Dios al mundo...*» (Jn. 3,16). Esta es la única respuesta que se puede dar.

El hombre, por sus numerosos pecados, claramente previstos, no era a los ojos de Dios más que un ser despojado de la gracia y de la justicia original; un objeto de horror para la justicia divina; un pobre ser arrojado del paraíso terrenal; un condenado a muerte aquí, y a la muerte eterna en la vida futura, si no hubiese sido redimido. ¡Y a un ser como ese lo rescata Dios con preferencia a los ángeles! ¿Por qué? ¡Oh misterio de amor! es siempre la respuesta: «Así amó Dios al mundo»...

## La bondad de Dios se nos manifiesta en Jesús

Jesús «imagen de Dios invisible» (Col. 1,15) quiso aparecer en la tierra como la suma bondad. «El pasó haciendo bien a todos» (Hech. 10,38), curando enfermos, haciendo toda clase de milagros por amor a los

hombres, en el desierto multiplicó panes y unos pececillos para dar de comer a miles de hambrientos y se mostró como perdonador de pecadores: la Magdalena, la Samaritana, la adúltera, el buen ladrón, etcétera.

Jesucristo es el samaritano misericordioso que se acerca a nosotros, la humanidad dolorida..., el verdadero Padre de todos nosotros, hijos pródigos, el buen Pastor que se sacrifica y da la vida por sus ovejas...

Si preguntamos: ¿Por qué se hizo hombre para poder sufrir y pasar por una Pasión ignominiosa hasta morir en una cruz?, no hallamos más respuesta que la que nos está revelada: Porque nos amó. «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gal. 2,20), y así quiso mediante su pasión expiatoria alcanzarnos del Padre, perdón y misericordia.

«Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos» (Jn. 15,13) y si es una gran prueba de bondad dar la vida por sus amigos; Jesucristo ha llevado su bondad más allá, o sea, hasta dar la vida por sus enemigos, pues como dice San Pablo: «Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros..., siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom. 5,8-10), pudiendo añadir que «habiendo Jesús amado a los suyos, que estaban en este mundo, los amó hasta el fin» (Jn. 13,1), hasta el extremo (instituyendo la Eucaristía, y así poder dársenos como compañero, como alimento y como sacrificio).

## La bondad de Dios se nos revela en los beneficios recibidos

Resumiento, podemos enumerar los grandes beneficios de Dios:

1.º **Beneficios naturales:** 1) *La creación:* Dios me ha creado, es decir me ha dado el ser, y por tanto a El le debo mi existencia natural, y éste es el primero de los beneficios recibidos de Dios y el fundamento de todos los demás. 2) Al beneficio de la creación hay que añadir el de *la conservación.* «¿Cómo podría subsistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin Ti?» (Sab. 11,26). «El es antes que todo y todo subsiste en El» (Col. 1,17).

Aquel que tomó cuidado de vosotros antes que existieseis, dice San Agustín, ¿cómo habría de abandonaros ahora que sois lo que él ha querido que fueseis? Jamás os ha faltado: no le faltéis, pues, nunca, o más bien, no os faltéis a vosotros mismos. El niño vive sin inquietud, y descansa sosegadamente en el regazo de su madre: obre del mismo con respecto a Dios, que es nuestro Padre y nuestra Madre, el hombre que se precia de fiel.

El mismo San Agustín exclama: «¡Cuán bueno sois, Dios omnipotente, que cuidáis de cada uno de nosotros como si no tuvieseis que cuidar más que de un sólo hombre, y cuidáis de todos los hombres juntos como si no formasen más que uno solo!».

«¿Qué es el hombre, preguntaba el Real Profeta, para que os acordéis de él? ¿O el hijo del hombre para

que le visitéis? Le habéis hecho un poco inferior a los ángeles; le habéis coronado de gloria y de honor, y le habéis dado el imperio sobre las obras de vuestras manos. Todas ellas las habéis puesto a sus plantas: las ovejas y bueyes, y aún las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar que hienden sus olas» (Sal. 8,5-9).

Otro beneficio de Dios es el de su providencia que se extiende a todos los seres del universo, no sólo en conjunto, sino también a cada uno en particular (de la cual ya hablamos anteriormente).

2.º **Beneficios sobenaturales.** Para comprender el valor de estos beneficios es necesario saber qué entendemos por orden natural y orden sobrenatural. *Lo natural* es lo que viene de la naturaleza, lo que un ser trae consigo al nacer, vg. un cuerpo y un alma son sus facultades.

*Lo sobrenatural* es algo *sobreañadido, sobrepuesto* a lo natural para perfeccionarlo y elevarlo a un orden de vida superior. Esto sobrepuesto es el don de la gracia santificante.

Esto lo podremos entender mejor diciendo: *un cuerpo y un alma,* esto es el hombre en el orden natural; *un cuerpo y un alma* y además *la gracia santificante,* es el hombre en el orden sobrenatural.

El hombre tiene dos vidas y dos fines o destinos: una vida pasajera, breve, mezclada de dolores y de alegrías; otra, después de ésta, eterna, fija, sin mezcla de dolor y pena, sino toda dichosa.

Nuestro último fin es la vida eterna. El hombre,

como nos dice el Catecismo, ha sido creado para gozar de Dios en la vida eterna, después de servirle en ésta. El primer hombre fue creado para un fin sobrenatural, *para ver un día a Dios cara a cara*, fuente de todos los bienes y así participar de su felicidad.

Nuestros primeros padres, al pecar, por ser desobedientes al mandato de Dios, perdieron la gracia santificante con la que los había adornado; mas en la actualidad esta gracia (don gratuito de Dios, y que Cristo nos mereció con su pasión y muerte), viene a nosotros por medio de los sacramentos instituidos por el mismo Jesucristo, y esta gracia es el gran medio que tenemos para alcanzar la vida eterna y con ella van unidos todos los grandes beneficios sobrenaturales: nos purifica de todo pecado, nos hace partícipes de la divina naturaleza y nos comunica luz y belleza; nos hace hijos de Dios y herederos del cielo; nos hace amigos y hermanos de Cristo, y por ella somos templo del Espíritu Santo y templo de la Santísima Trinidad.

### La elevación al orden sobrenatural

La elevación del hombre al orden sobrenatural es un beneficio inmenso, del que no podemos formarnos una idea cabal. Por la gracia ha sido elevado a tal altura que se aproxima a Dios. Como dice el salmista: «Le has hecho poco menos que Dios; le has coronado de gloria y honor» (Sal. 8,6).

Dios podía haber creado al hombre dejándole en el estado de naturaleza pura, señalándole un fin pura-

mente natural, sin la revelación de un cielo eterno, y pudo dejarlo como ha dejado de hecho a los animales, pero no se contentó con esto, sino como nos dice la Iglesia en el Concilio Vaticano I:

«Dios, por su infinita bondad ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana; pues a la verdad *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman*» (1 Cor. 2,9) (D. 1786).

Y *¿en qué consiste el fin sobrenatural* a que estamos destinados? Como nos enseña la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, consiste en la visión y goce fruitivo de la esencia misma de Dios en la eterna bienaventuranza. Veamos algunos textos:

«Los justos irán a la vida eterna» (Mt. 25,46).

«Al presente nuestro conocimiento es imperfecto, y lo mismo la profecía; cuando llegue el fin desaparecerá eso que es imperfecto... Ahora vemos por un espejo y obscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor. 13,9).

«Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (1 Jn. 3,2).

La divina revelación es clara, y lo ha definido solemnemente la Iglesia. He aquí la definición explícita de Benedicto XII:

«Por esta constitución, que ha de valer para siempre, por autoridad apostólica *definimos* que... (las almas de los bienaventurados) *vieron y ven la divina esencia con visión intuitiva y facial,* sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto, sino por mostrárseles *la divina esencia de manera inmediata y desnuda, clara y abiertamente,* y que, viéndola así, *gozan* de la misma divina esencia, y que, por tal visión y fruición, las almas de los que salieron de este mundo son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno» (D. 530).

## SEGUNDA PARTE

## NUESTRA CORRESPONDENCIA AL AMOR DE DIOS

### ¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?

En la tarde del martes santo, pocos días antes de su Pasión, estaba Jesús en el atrio del templo predicando. Una gran muchedumbre le rodeaban. Los miembros del Sanedrín, los herodianos, los saduceos y fariseos, todos los enemigos de Jesús le fueron haciendo preguntas capciosas. Una de éstas fue la formulada por un fariseo, doctor de la Ley. «Maestro, le dice: *¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?*

Si ahora esta pregunta nos parece demasiado inocente y como una simpleza, no lo era en tiempos de Jesús. Según los rabinos o doctores de entonces, la Ley contenía 613 preceptos. De éstos 248 eran positivos, tantos como los huesos del cuerpo humano, según la anatomía que ellos conocían. Los 365 restantes, eran negativos. Tantos como los días del año.

Estos preceptos unos eran tenidos por graves, otros por leves, era difícil averiguar cuál de ellos era el más

grave o más importante en toda la Ley. Mucho discutían los fariseos sobre este asunto y no llegaban a ponerse de acuerdo, y así enseñaban que el Legislador supremo no señaló preeminencia a ningún mandamiento, precisamente para que se cumpliesen todos.

Así, pues, esta pregunta ponía a prueba la sabiduría de Jesús de Nazaret, y se la propusieron para disputar con El y hacer ellos ostentación de su ciencia. Jesús con plena seguridad, sin vacilar un momento acude a la ley mosaica, dada por Dios y proclama como mandamiento principal el que es fundamento y base de toda la religión y de toda moral:

*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento.*

Y añadió Jesús: Hay otro mandamiento que es semejante al primero:

*Amarás al prójimo como a ti mismo.* Y terminó diciéndoles: *De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas* (Mt. 22, 34-40).

Es decir: en estos dos mandamientos está comprendida toda la ley divina y toda la predicación moral de los profetas. Así es, en efecto: todos los otros mandamientos son consecuencias o aplicaciones concretas de estos dos grandes preceptos.

*¿Era necesario que Dios nos impusiese este precepto para amarle?*

De suyo no debiera ser necesario, porque siendo hechura suya, debiéndole a El nuestro ser y cuanto tenemos, ¿no están exigiendo tantos beneficios

nuestro agradecimiento? Dios sin duda ha querido que lo recordemos y practiquemos siempre, porque de su cumplimiento depende nuestra felicidad.

¿Acaso no seríamos perversos e ingratos, si sabiendo que «Dios es caridad» (1 Jn. 4, 8) y que nosotros existimos «porque El es bueno y nos ama», dejáramos de amarle? Además, si El nos ha creado por amor, y este amor ha llegado al extremo de darnos a su Unigénito Hijo para que fuésemos salvos por El (Jn. 3, 16), si nos creó inmortales y con destino a la bienaventuranza eterna, ¿no están tantos beneficios reclamando nuestro amor?

Santo Tomás de Villanueva comentando el precepto del Señor y dirigiéndose a El dice: «Si me hubiéseis mandado que no os amase, ese precepto sería insoportable»... y luego añade: «Ninguno de los mandamientos de nuestro Dios son ni severos ni pesados; no nos ordena que desgarremos nuestra carne, ni nada semejante. ¿Qué es lo que nos dice? Un mandamiento nuevo que los comprende a todos: que le amemos a El y que nos amemos los unos a los otros. No quiero nada vuestro, no os exijo más que una cosa; que, en pago de tantos favores como os he hecho, me améis un poco».

**El mandamiento de Dios es razonable:** «¡Y qué justo es, oh Señor, que quieras que te amen las obras de tus manos! Todo lo hiciste sin mérito alguno de mi parte y sin ninguna necesidad tuya. ¿A quién, pues, habremos de alabar sino a Ti? Suponed un cuadro que después de recibir la última pincelada pudiera

contemplar su propia belleza; ¿no se la agradecería al pintor? ¡Ah pintor divino, tu me hiciste bello?

Dios nos ha dado cuanto tenemos. Si, pues, empleáramos algunos de nuestros pensamientos, afectos o deseos en apetecer o amar otra cosa que no fuera Dios, seríamos verdaderos ladrones, que malbaratábamos un bien que nos pertenecía...».

—**Mandamiento nuevo.** Los mandamientos de la Antigua Ley eran buenos por que eran de Dios, pero sólo eran buenos con relación al momento y al pueblo a quien habían sido dados. En cambio ahora nos da un mandamiento nuevo: que «le amemos a El y nos amemos a nosotros».

¿Cómo es nuevo, Señor, este precepto, si tiene fuerza ya desde hace tantos siglos antes de tu venida? Pues porque «no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos. Abba, Padre» (Rom. 8, 15).

La ley que os doy es una ley de amor, no de temor, y este mi precepto es nuevo porque os lo doy de una manera nueva, no grabado sobre piedra, sino escrito en vuestros corazones. Y es nuevo porque se ha practicado de una manera nueva, llevándome hasta el prodigio de la cruz.

Es antiguo en cuanto al tiempo en que fue dado, y es nuevo en cuanto a su fuerza y extensión, porque los hombres han comenzado a entregar su vida y sus bienes con alegría desde el momento en que aprendieron que un Dios ardía con amores de cruz.

—**Amor premiado.** «¡Oh prodigio! Eres tu, Dios mío, el que me da el amor y el que, a la vez, lo premias. Das porque has dado, das para dar más todavía; gracia sobre gracia, favor sobre favor. Y cuando coronas tus méritos, ¿qué otra cosa coronas sino tus dones? ¿Quién no queda extasiado ante bondad semejante?... Tu amor, oh Señor, es tan noble y dulce, que debiéramos arrastrar los más crueles tormentos por él, y, sin embargo, nos ofreces los mayores premios».

Dios nos creó para la vida eterna, y a todos nos dijo Jesucristo: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19, 17).

—**Amor que honra.** «Otro motivo para apreciar el amor de Dios es la honra que nos da, no sólo al no desdeñarse de que le amemos, sino exigiéndolo de la manera más rigurosa. ¿Quién soy yo para que llegues a amenazarme si no te amo? ¿Es que soy acaso tan grande que debas preocuparte de mi amor? Pero ya lo sé; no es tu interés el que te mueve, sino el mío. Tú me amas y por eso quieres que yo te ame, porque sabes que toda mi vida y salvación se encierra en tu amor. Me pides amor para darme la vida, porque la vida eterna está en conocerte, y al conocerte te amamos a ti y a Jesucristo, a quien has enviado (Jn. 17, 3). Y, para que nadie quede excluido de esta vida, quieres que todos sean arrastrados por tu amor...».

## Necesidad de amar a Dios

Ya en el Antiguo Testamento estaba revelada e inculcada la necesidad de amar a Dios: «Amad al

Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas» (Dt. 6, 5). Este es el mandamiento que nuestro Señor declaró ser el primero y el mayor de todos (Mt. 22, 37-40).

Moisés en su tiempo al hablar al pueblo en nombre de Dios, una vez promulgado el Decálogo, les dijo: «Llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. Incúlcaselos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atatelos a tus manos para que sirvan de señal; póntelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas» (Dt. 6, 6-9).

Con estas expresiones quería enseñarles la obligación de tener siempre muy grabados en su mente y en su memoria la Ley santa de Dios, la que se nos manda cumplir a todos a cada paso en la Sagrada Escritura.

»Amad con todas vuestras fuerzas a aquel que os ha creado», dice el Eclesiástico —7, 32), y en otro lugar: «Amad a Dios toda vuestra vida, e invocadle para que os salve» —13, 18).

Como ya queda dicho (cuando hablamos de «Dios legislador»), del cumplimiento de los mandamientos, que El nos ha dado, depende nuestra felicidad temporal y eterna. «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo» (Ecl. 12, 13), es decir, para esto fue creado el hombre. Este es su fin.

«El caballo nace para poder correr, éste es su fin; el pájaro para volar, el buey para surcar la tierra, el perro

para ladrar, el fuego para calentar, el agua para apagar la sed, etc.; el hombre nace para amar a Dios; éste es su único fin».

Es necesario que amemos a Dios, porque El nos ha amado primero (1 Jn. 4, 19) y nos ha amado con un amor eterno (Jer. 31, 3; Ef. 1, 4), y en ese amor debemos admirar: 1.º el amor que nos ha profesado desde toda la eternidad, sin tener necesidad de nosotros, poseyéndolo todo en sí mismo; 2.º considerar que no nos ama por necesidad, sino plena, libre y liberalmente; 3.º que nos ama sin utilidad ninguna para El; 4.º que ama a todos los hombres y a los mismos que prevé han de llegar a ser ingratos y enemigos suyos...

Dios nos ama por El mismo, porque es infinitamente bueno; tiene tanta bondad, que quiere derramar su liberalidad y sus beneficios sobre nosotros a pesar de nuestra indignidad.

¿Qué hemos de hacer para imitar a Dios? «Andar por el camino del amor de Dios» (Ef. 5, 2).

## ¿Por qué debemos amar a Dios?

Vamos a contestar nuevamente a esta pregunta con ideas y palabras de Santo Tomás de Villanueva. A Dios debemos amarle porque es digno de nuestro amor, es decir, porque es Dios, porque es el Señor y porque es tuyo.

«Amale porque es Dios, esto es, por sí mismo, porque es el soberano bien, en el que se encuentran y de donde se derivan todos los demás bienes. Es digno de

todo amor porque es el Dios de la majestad, de la bondad, de la gloria, de la sabiduría...

¿Qué representa todo nuestro amor enfrente de ese soberano bien? Una gota en el océano, en ese océano de luz y de esplendor sin fin.

Sólo Dios es digno de ser amado por sí mismo, porque Dios es como el centro del amor hacia el que se precipitan las criaturas con todo su peso. Es talmente amable, que hasta los seres insensibles lo aman a su modo...

**Dios, centro del alma.** No tienes más que abrir los ojos para entender que Dios es el centro de tu alma, porque fuera de El no encontrarás reposo. Consulta la experiencia, y verás que tu amor no puede descansar en ningún otro ser, porque todos te empujan lejos de ellos y te impulsan hacia tu centro.

¿No has comprobado ya que, cuando amas por sí mismo a un ser creado, no encuentras en ese amor sino inquietud continua? ¡Oh, y cómo es de cruel y amarga la criatura cuando se le ama por sí misma! Todas ellas nos apartan con ignominia y parece que nos dicen: Desgraciado, ¿por qué te apegas a mí, que no soy tu bien definitivo? Márchate y sigue por el camino verdadero.

Y tú, sin embargo, alma ciega, te abrazas con ellas; pero ese abrazo dura poco, y presto se cambia en amargura y disgusto. No hay un ser que te sacie, y con su falta de satisfacción te está diciendo que no es a él a quien tienes que buscar...

**El alma se inclina a amar a Dios.** Dime, alma mía,

¿qué es lo que puedes desear que no encuentres en Dios! ¿Amas la sabiduría? El es infinitamente sabio. ¿Amas la belleza? El es infinitamente bello. ¿Amas el poder y la fuerza? El es todopoderoso. ¿Amas la gloria y las riquezas? La gloria y las riquezas habitan en su casa. ¿Amas el placer y las delicias? «Las eternas delicias están junto a tu diestra», dice el salmista (15, 11).

Y, sin embargo, desgraciadamente, abandonas un océano eterno de toda clase de bienes para intentar saciarte con angustia en los escasos arroyos de las criaturas. Desdeñas la fuente que se ofrece ella misma a tu sed y cavas con fatiga pozos de agua turbia...».

Dios es el bien mismo, el bien por esencia. No pide que le amemos... y es mirando al bien nuestro.

A Dios debemos amarle no sólo porque es Dios, esto es, por sí mismo y con un amor absoluto, sino además porque es nuestro Señor, a saber, por el cuidado que tiene de nosotros, y porque se preocupa y socorre con largueza todas nuestras necesidades.

Amemos a Dios porque es bueno, pero amémosle también porque nuestro amor es una deuda. «¿Qué podré yo dar al Señor por todos los bienes que me ha hecho?» (Sal. 115, 12).

—**Ama a Dios porque es tuyo,** porque es tu Dios. ¿Quién no ama las cosas de su propiedad? ¡Oh hombre!, amas a tus trajes, a tus casas y tus campos, pues ama también a tu Dios, porque es cosa tuya. No hay nada que sea tan tuyo como lo es Dios, que te pertenece a ti más de lo que te perteneces tú mismo... «Feliz

el pueblo, cuya herencia es el Señor, su Dios» (Sal. 143).

Pues si Dios es tu propiedad, ¿por qué te excluyes de ese amor con que amas a todo lo tuyo? Pierdes cualquier cosilla de las que posees, y te apenas; pierdes a Dios y no te entristeces. Si le amases lo sentirías, y no entristeces porque ni siquiera sabes los bienes aquellos que «ni el ojo vio, ni el oído ha apercibido, ni el corazón ha podido imaginar lo que Dios ha preparado para aquéllos que le aman» (1 Cor. 2, 9).

Si los bienes de que Dios te ha colmado no te bastan para encender tu amor, piensa al menos en la recompensa que te prepara en aquel océano de felicidad en que todo será bueno para ti, y que no consiste sino en hacer que Dios sea tuyo.

En la vida presente, «todo concurre al bien de los que le aman» (Rom. 8, 28), incluso los pecados, que les hacen más humildes, mientras que a los que no le aman, hasta las virtudes les precipitan al mal, llenándoles de orgullo. Pero, cuando llegue aquel día, entonces entenderás bien como todo contribuye a nuestra felicidad, porque Dios te habrá envuelto y se habrá hecho tuyo.

Y si aún estas ventajas no te animan, piensa que al que ama no se le paga más que con amor...

**Amor con amor se paga.** Fr. Luis de Granada comenta: «Pues si todas estas cosas (tanto beneficios) tan claramente nos descubren la grandeza de vuestro amor, y el amor tiene tan grandes fuerzas para sacar amor, ¿cómo no os amaré yo, Dios mío, con todo mi

corazón? ¿Cómo puede resistir a tan grande fuerza de amor? ¿Cómo me hago sordo, cómo insensible a las voces de todas las criaturas que me llaman a este amor?

La piedra fría y dura da fuego si muchas veces la hieren con un eslabón, y ¿será mi corazón tan duro que con los golpes de todas las criaturas del mundo no salga de él una centella de amor? Si no hay cosa en el mundo más poderosa para engendrar fuego, ¿por qué ese fuego de tu divino amor, siendo tan grande como lo es, no inflamará mi corazón?».

**La recompensa del amor es amar**

«Hemos hablado ya del motivo más alto del amor. Todo lo que sea amar a Dios por cualquier otra causa, bien sea por sus beneficios, bien por la recompensa que nos promete, es debilitar el amor. Es más: si amamos a Dios sólo y exclusivamente por la recompensa, este amor sería mercenario y no atraería la complacencia del Señor, porque sería un amor sin caridad. Ni a los hombres les gusta ser amados así. El amor que no sube más alto es imperfecto, es amarnos a nosotros mismos y no a Dios.

Sin embargo, no obstante su imperfección, tiene una ventaja, y es la de ser ocasión de que sirvamos a Dios y acostumbrarnos a las buenas obras; de donde con la gracia comenzaremos a elevarnos hacia ese amor perfecto...

El amor más digno de recompensa es el que no la

pretende; la recompensa del amor es amar, y el amor es por sí mismo su propia recompensa. Yo amo porque amo, y amo para amar; no busquéis ni otra causa ni otro fin a mi amor (T. de Villanueva).

—**El puro amor**. Entendemos aquí por «puro amor», un amor purísimo y perfectamente desinteresado. «El alma no ama a Dios por las ventajas temporales o eternas que ese amor podría proporcionarle, sino únicamente por agradarle a El, a quien contempla lleno de infinitas excelencias y perfecciones. Es el puro amor de Dios que hacía exclamar al poeta español:

> Aunque no hubiera cielo, yo te amara,
> y aunque no hubiera infierno, te temiera.
> No me tienes que dar por que te quiera;
> pues, aunque lo que espero no esperará,
> lo mismo que te quiero te quisiera.

Este puro amor de Dios, que prescinde en absoluto de toda mira interesada, no puede darse en estado permanente y *habitual* —como ha declarado expresamente la Iglesia al condenar el error de los *quietistas* (cf. D. 1327)—, porque no podemos ni debemos prescindir de la esperanza y deseo de nuestra propia felicidad, que encontraremos en la visión y goce fruitivo de Dios; pero si puede darse, y se da de hecho en los santos, como acto aislado y transitorio» (P. Royo Marín); más no hay duda que el «puro amor» de Dios es perfectamente compatible con el deseo de nuestra eterna felicidad a que nos empuja la virtud de la esperanza.

## ¿Cómo debemos amar a Dios?

Jesucristo nos enseña cómo hemos de amar a Dios: «con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mt. 22,37), esto es, con todas tus fuerzas o energías.

«La medida de amor a Dios es amarle sin medida. ¿Quieres saber cómo has de amarle? Pues ámale cuanto se merece; con eso basta. Pero me dirás: ¿cómo puedo yo alcanzar ese amor? Me agradan tus palabras. Si no eres suficiente para alabar a Dios, por lo menos no dejes de alabarlo; si no puedes amarlo tanto como debes, ámale, al menos, tanto como puedas; no temas los excesos de un amor en el que todas tus fuerzas y poder quedarán siempre por bajo de la gloria y excelencia del Dios amado, como todas tus alabanzas serán siempre muy inferiores al mérito y perfecciones del Dios que alabas».

—**El exceso en el amor.** «Amemos al Señor sin regla y sin medida, porque así nos amó El. El que hizo todas las cosas con peso y medida, no tuvo ni peso ni medida para amar. Unicamente al amar cae Dios en el exceso, y en este exceso sobrepasa los límites de toda inteligencia y razón...

¿No es acaso excesivo el que un Dios esté pendiente de un patíbulo por un miserable y vil gusano? ¿No es un exceso que Dios muera para que el culpable viva, que el Creador se entregue por su criatura, que el que nos ha hecho sufra tan cruelmente por la obra de sus manos?

Si hay en esto medida, ¡Oh Dios mío!, será vuestra sabiduría quien pueda verla, porque para la inteligencia creada es un exceso, un exceso verdadero, un exceso inmenso.

Los hechos lo demuestran y el apóstol así lo confiesa al decir: La caridad con que Dios nos amó es excesiva, puesto que le llevó a entregar por nosotros al Hijo eterno. Ciertamente ésta es una caridad verdaderamente increíble, desbordante y extremadamente increíble.

## Amarás al Señor tu Dios...

1. **Con todo el corazón.** Hay tres maneras de amar a Dios con todo el corazón, dice Santo Tomás de Villanueva. La primera consiste en ofrecérselo todo entero, sin dividirlo de una manera culpable, como Caín... En efecto, algunos dividen sus corazones y entregan una parte a Dios y otra al mundo y a los placeres. Quieren honrar a Dios sin desagradar al mundo, aspiran a los bienes del cielo sin rechazar los de la tierra.

A éstos dirige Santiago las palabras siguientes: «Adúltero, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemiga de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios (4, 4). No ofrecen nada, porque no ofrecen su corazón entero, y Dios no acepta corazones partidos, ni su Espíritu habita corazones de vanidad. No aman a Dios de todo su corazón; por lo tanto quebrantan este mandamiento.

La segunda manera de amar a Dios con todo el corazón es amarle a El solo y amar el resto de las cosas por El o para El. En este caso, el corazón no se disipa con sus afectos a las demas criaturas, y este es el amor del hombre perfecto.

La tercera manera de amarle con todo el corazón consiste en absorberse en Dios de tal forma que no haya un solo pensamiento, afecto y deseo que no verse sobre El.

El primer modo de amar es perfecto; el segundo, de consejo; el tercero está sobre los preceptos y consejos, porque sólo se consigue en el cielo.

2. **Con toda tu alma, con toda tu mente...,** es decir, con todo nuestro ser y con todas nuestras energías. Nuestras potencias debemos ponerlas al servicio de Dios: consagrar *nuestra memoria* a recordar sus dones e inmensos beneficios recibidos; aplicar *nuestra inteligencia* a comprender cuán amable es Dios en sí mismo y cuanto nos ha amado...; emplear *nuestra voluntad* esforzándonos por no olvidarle en un sólo instante de nuestra vida y procurando con todas nuestras fuerzas en luchar contra las concupiscencias y toda clase de pasiones que puedan conducirnos al pecado y así apartarnos de Dios.

## Amar a Dios «sobre todas las cosas»

Amar a Dios sobre todas las cosas es amarle con un amor total, porque de El hemos recibido la vida y cuanto tenemos, pues El es nuestro Dios creador, el

Supremo Bien y Dios único, que como tal tiene un dominio universal sobre toda la creación, y debemos reconocer que cuando decimos «sobre todas las cosas», esto quiere decir que debemos estar dispuestos a perder el dinero, la salud e incluso la vida antes de ofenderle cometiendo un pecado.

Esta expresión «sobre todas las cosas» es el significado de esta otra expresión bíblica: «No tendrás otro Dios que a Mi» (Ex. 20, 3), o sea «no tendrás otro Dios verdadero...», lo que equivale a su vez a decir que el amor de Dios debe ser preferido a todos los amores terrenos, por ser como hemos dicho, nuestro Señor y dueño absoluto, del que dependemos en todos los instantes de la vida.

Recordaremos el caso de Abraham cuando Dios le mandó sacrificar a su hijo único Isaac, al que tanto amaba. ¿Qué hizo entonces Abraham? Antepuso el amor a Dios antes que el de su hijo, y esto nos obliga a distinguir entre el amor de razón o predilección y el amor de sentimiento. En lo natural a veces sentimos más amor a un amigo, que a un padre o una madre; más llegada la ocasión, dejaremos al amigo por el padre o la madre sin vacilación, al igual que lo hizo Abraham dejando a un lado el gran amor que tenía a su hijo, por seguir la voluntad de Dios. Esto nos hará comprender que el amor está más bien en la voluntad espiritual que en el sentimiento.

El Mandamiento, pues, de Dios no es de amar sensiblemente, porque esto muchas veces no está en nuestra mano, sino tener amor de voluntad, de estima, de

preferencia, de querer antes perder todas las cosas que ofender a Dios, aunque sintamos mucho perder las cosas.

**En consecuencia: ¿Qué es amar a Dios?:** Amar a Dios es: 1.º) Darle nuestro corazón por entero y no dejar nada para el demonio ni el pecado. 2.º) Es tener a Dios para fin de todas nuestras acciones, y preferirle a todo como a nuestro soberano bien y único fin. 3.°) Amar a Dios es obedecerle en todo y siempre...

Todos cuantos hayan dado a Dios su corazón por medio del amor, dice San Bernardo, alégrense en las penas, en las tribulaciones, en las angustias, en el hambre, en la sed, en la desnudez y en el desprecio, en medio de las burlas, de las calumnias, de las maldiciones, de los sufrimientos y hasta de la muerte ocasionada por las persecuciones...

**Y ¿quién ama a Dios?** Jesucristo nos lo dice: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn. 14, 15). «Las obras son una prueba del amor» (S. Greg. Magno). «El que me ama, dice Jesucristo, observará mi doctrina, y mi Padre le amará; y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él» (Jn. 14, 23). «Quien ha recibido mis mandamientos y los observe, ese es el que me ama» (Jn. 14, 21). Y al hablar de los que entrarán en el reino de lso cielos, dice: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la volundad de mi Padre, ese entrará en el reino de los cielos» (Mt. 7, 21).

Hay dos amores: uno de obras y otro de palabras. Los dos son buenos; mas el de palabras, si no tiene

también obras, es inútil. Lo mejor es unir las palabras con las obras. Por eso dice el refrán: «Obras son amores, y no buenas razones». Para amar, pues, a Dios es necesario observar sus mandamientos.

El verdadero amor supone también sacrificio, y ya dijo Jesucristo que «nadie tiene amor mayor que aquel que da la vida por sus amigos» (J. 15, 13). Por eso dijo Santa Teresa: «La medida del amor es la cruz, quien tenga mayor amor podrá llevar mayor cruz». A Dios le amaremos tanto cuanta sea nuestra resolución de *querer* amarle, pues el verdadero amor no es un sentimiento, sino una resolución libre de la voluntad, que está dispuesta a obedecer a Dios en todo... También tenemos que decir que el amor hace fácil y ligero hasta lo más pesado y doloroso. Notemos que el mismo Jesucristo, por la fuerza de su amor, sobrellevó todo el peso de su pasión y de su cruz.

## Amor al prójimo

«El segundo mandamiento es semejante al primero, y es: Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 39). «Toda la ley se resume en este mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gal. 5, 14).

«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros» (Jn. 13, 34-35).

«Amad a vuestros enemigos y orad por los que os

«Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre, malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?... (Mt. 5, 44-46).

**Los dos mandamientos inseparables.** Jesucristo nos dice que el principal mandamiento es amar a Dios con todas las energías de nuestra alma, y añade: hay otro mandamiento semejante al primero: «Amarás al prójimo como a ti mismo».

Tan semejantes son estos dos mandamientos que no pueden darse el uno sin el otro. El amor a Dios y al prójimo es un mismo amor, que brota de nuestra alma y toma dos direcciones: Directamente se dirige hacia Dios; y Dios lo encamina hacia los hombres; si me amas a Mi, ama a los hombres, dice Dios; y el hombre responde: amaré a los hombres porque te amo a ti.

Es bien claro, que quien ama a Dios, necesariamente tiene que amar a los hombres; y el que no ama a los hombres, no ama a Dios, aunque diga de palabra que le ama mucho.

San Juan nos lo dice así: «Si alguno dijere: Amo a Dios, y no ama a su hermano, es un mentiroso. Pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, a Dios, a quien no ha visto, ¿cómo le puede amar? Y este mandamiento tenemos de El: que quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn. 4, 20-22).

Jesucristo ya no está visible en la tierra; pero está representado en nuestros prójimos y de un modo

especial en los pobres, en los necesitados. «Lo que hiciéreis con ellos, me lo hacéis a mí» (Mt. 25, 40).

Si dices que amas a Jesucristo invisible, demuéstrale tu amor en los hombres visibles que le representan. Si no lo haces eres mentiroso: Dices que amas a Jesucristo invisible y no amas a Jesucristo visible.

Cuántos de estos que San Juan llama mentirosos hay entre los cristianos!... Si dices que amas a Jesucristo y guardas en tu corazón envidia o rencor a una persona, o lo ves sufrir y no lo socorres, eres mentiroso.

## El amor es fuerte como la muerte

El gran apóstol San Pablo nos pinta así la fuerza del amor de Dios. «Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios que se manifiesta en Jesucristo, nuestro Señor» (Rom. 8, 35.38-39).

Prestad oído a Santa Agueda, virgen y mártir: Estoy de tal modo segura y firme en el amor de mi Señor Jesús, dice, estoy tan firmemente resuelta a guardar el voto de castidad que le he hecho, que espero, mediante su gracia, antes ver que la luz falta al sol, el calor al fuego, la blancura a la nieve, que vacilar

en mi voluntad y mis resoluciones (Surius, *in ejus vita*).

En el libro del Cantar de los Cantares leemos que «el amor (de Dios) es fuerte como la muerte... las inundaciones no han podido extinguirlo, ni los ríos podrán sofocarlo» (8, 6-7).

**El amor es fuerte como la muerte.** 1.º) Porque así como la muerte todo lo domina, es dueña de todo, y ningún viviente ha podido escaparse de su imperio, así el amor de Jesucristo ha triunfado de los golpes, de los clavos, de las espinas, de los dolores, de la cruz, de las afrentas, del hambre, de la sed, de la desnudez, y en una palabra, de todas las adversidades y de todos los obstáculos. El que ama a Jesucristo, está pronto a sufrirlo todo por El.

2.º Porque este amor ha triunfado de la muerte, la ha muerto, según la palabra del profeta Oseas: «Oh muerte, yo seré tu muerte» (13, 14).

**La caridad es fuerte como la muerte,** dice San Ambrosio, porque la caridad mata y hace desaparecer todos los pecados. Se muere para los vicios, cuando se ama al Señor.

Ya que la muerte jamás se cansa, jamás se detiene, corta la vida de todos los hombres, justo es que nuestro amor persevere también hasta que haya destruido en nosotros todas las pasiones y todos los vicios.

**El amor es fuerte como la muerte.** Da muerte al demonio, al mundo, nos mata a nosotros mismos para hacernos vivir sólo en Jesucristo, hace desear el último día de la existencia, hace sacrificar la vida. El

que ama verdaderamente, no llora ni por las riquezas, ni por sus hijos, ni por su bienestar.

San J. Crisostomo dice: El alma se ve tan elevada por el celeste amor, que mira como su mayor gloria llevar cadenas por Jesucristo y verse perseguida por El...

San Agustín, al hablar de la castidad de José, emite, según San Ambrosio, este precioso pensamiento: El que ama a Dios, no puede ser vencido por el amor de una mujer; los deleites y las seducciones de la juventud no conmueven a un alma casta; ni esta cede tampoco a la influencia de un amor apasionado. José es grande, porque esclavo, no ha querido obedecer; amado, porque no ha querido amar; suplicado, porque se ha resistido; detenido, porque huyó (De *civit. Dei.* c. 23).

El amor de Dios me abrasa, me devora, dice San Francisco de Asís; yo he respondido al amor con amor; el amor divino triunfa en mi corazón del amor que naturalmente el hombre experimenta por sí mismo. Ni las tempestades, ni las llamas, ni la espada me lo han de quitar nunca.

¡Señor, dice el mismo santo, muera yo de amor por Vos, ya que Vos moristeis de amor por mí!

El amor de Dios ahuyenta los demonios, destruye el pecado, disipa la tibieza y hace despreciar todas las demás cosas. San Pablo las miraba como basura con tal de ganar a Cristo (Fil. 3, 8). Hasta la salud del cuerpo, dice San Gregorio Magno, tiene poco precio para el alma que está herida con las flechas del amor

divino. Y San Ignacio de Loyola exclamaba: «¡Qué vil me parece la tierra cuando miro al cielo!»...

## ¿Cómo llegar al amor de Dios?

Como el amor a Dios no puede conseguirse por nuestras propias fuerzas, sino que Dios lo da gratuitamente y es «una gracia sobre toda gracia», para unirnos a Dios por el amor necesitamos de estos medios:

1.º **Pureza de corazón,** o sea, limpieza de alma, desterrar de nosotros todo pecado, porque él nos deshonra, y esto exige en nosotros energía, fuerza de voluntad y severidad contra las concupiscencias. La pureza es un medio perfecto de amar a Dios: «Mi Amado se alimenta entre las azucenas» (Cant. 2, 16). Si el corazón está limpio, el Espíritu Santo vendrá aprisa a llenarlo.

2.º **Pedir este amor y desearlo vivamente,** pues Dios no suele dar sus dones sino a los que se los piden y desean.

3.º **La mortificación de la carne,** «porque los apetitos groseros son un peso que aleja a Dios y una nube de vapores negros que impiden brillar a la luz serena» (S. T. de Villanueva).

4.º **El amor al prójimo** tiene igualmente una gran eficacia para conducirnos al amor de Dios.

5.º **La lectura de las Sagradas Escrituras.** Recordemos las palabras de los discípulos de Emaús que decían: «Nuestro corazón ¿no estaba abrasado cuando

(Jesucristo) nos hablaba durante el camino y nos descubría el sentido de las Escrituras?» (Lc. 24, 33).

6.º **La oración juntamente con la meditación,** sobre todo acerca de la Encarnación y Pasión del Señor y el recuerdo continuo de sus beneficios. La Pasión y muerte de Jesucristo nos están manifestanto la grandeza del infinito amor de Dios. Por eso San Alfonso María de Ligorio dice: «Antes de la encarnación del Verbo podía el hombre dudar de si Dios le amaba con ternura; pero ¿quién podrá dudar ahora viéndolo sufrir tanto y morir por nuestro amor?».

(Véase mi libro sobre «La oración» y reconocerá la necesidad que tenemos de orar, y recordaremos el dicho de San Alfonso María: «El que ora se salva, el que no ora se condena»).

## OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

— La Biblia ilustrada y comentada (compendiada)
— La Biblia más bella (breve resumen)
— La Biblia a tu alcance
— Catecismo de la Biblia
— Curso bíblico práctico
— Historia Sagrada o de la Salvación
— Evangelios y Hechos ilustrados
— Jesús de Nazaret
— Dios te habla (libro bíblico)
— Los salmos y cánticos sagrados comentados (en imprenta)

— El Catecismo ilustrado
— El Catecismo más bello (1.ª Comunión)
— El Catecismo conciliar (10 documentos)
— El matrimonio
— Bautismo y confirmación
— Catequesis bíblicas (en imprenta)

— ¿Existe Dios?
— ¿Existe el Infierno?
— ¿Quién es Jesucristo?
— ¿Quién es el Espíritu Santo?
— ¿Por qué no te confiesas?
— ¿Por qué no vivir siempre alegres?
— ¿Seré sacerdote?
— Para ser santo

— Para ser sabio
— Para ser feliz
— Para ser apóstol
— Para ser católico práctico

— No pierdas la juventud
— El camino de la juventud
— Joven, levántate
— El niño y la educación (la madre y la escuela)
— La formación del corazón

— Los testigos de Jehová (y otras sectas)
— Doctrina protestante y católica
— Errores modernos (comunismo, liberalismo, etc.)
— Mantanza de los inocentes (aborto y divorcio)
— Marxismo o cristianismo
— El diablo anda suelto
— Los últimos tiempos
— La Buena Noticia
— La Caridad Cristiana
— La Bondad de Dios
— La Santa Misa
— La Virgen María a la luz de la Biblia
— La Oración y su valor...
— La Reforma de una parroquia
— Las Almas Santas
— Florilegio de Mártires
— Los Males del mundo
— Lágrimas de Oro o Problema del Dolor

— De Pescadores a Santos
— Pecador, Dios te Espera
— Vamos de Camino
— El más allá
— Siguiendo la Santa Misa
— Visitas al Santísimo
— El Pueblo pide sacerdotes santos

— Los Grandes interrogantes de la Religión
— Diccionario de Espiritualidad
— Historia de la Iglesia
— Patrología. Padres y Doctores de la Iglesia
— El Dios desconocido (los atributos divinos)

— Vida de San José
— Pedro Primer Papa
— Flor de un convento
— Vida de Santa Clara
— Vida de Santa Beatriz de Silva
— Vida de Santa Gema Galgani
— Vida de San Benito Abad

Si alguno de estos libros no lo encuentra en su librería, puede pedirlo al

**APOSTOLADO MARIANO**
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

# INDICE


Pág.

El porqué de este libro ........................ 3
Ideas preliminares ........................ 5
Nuestra existencia ........................ 5
La felicidad de Dios ........................ 6
Motivo de nuestra existencia ........................ 8
Dios, legislador supremo ........................ 10
Los dos caminos ........................ 12
PRIMERA PARTE ........................ 15
La bondad o amor de Dios ........................ 15
La bondad de Dios se manifiesta en su providencia ........................ 17
Bondad de Dios sobre todo en la redención ....... 20
Un abismo insondable de amor ........................ 21
La bondad de Dios se nos manifiesta en Jesús. 22
La bondad de Dios se nos revela en los beneficios recibidos ........................ 24
La elevación al orden sobrenatural ........................ 26
SEGUNDA PARTE ........................ 29
Nuestra correspondencia al amor de Dios ......... 29
¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?. 29
Necesidad de amar a Dios ........................ 33
¿Por qué debemos amar a Dios? ........................ 35
La recompensa de Dios es amar ........................ 39
¿Cómo debemos amar a Dios? ........................ 41
Amarás al Señor tu Dios ........................ 42
Amar a Dios «sobre todas las cosas» ........................ 43
Amor al prójimo ........................ 46
El amor es fuerte como la muerte ........................ 48
¿Cómo llegar al amor de Dios? ........................ 51